

TIEMPOS NEGROS

Edición de Ernesto Mallo



«Si nos detenemos en cualquier momento de nuestras vidas y miramos atrás, veremos que cada uno de nuestros pasos nos condujo a ese preciso instante. Podremos apreciar las consecuencias de una serie de decisiones que, conscientemente o no, combinadas con factores externos que las propiciaron o las modificaron, fuimos tomando por el camino. Esto que es verdad para los individuos, no lo es menos para las sociedades. La política ha demostrado su incapacidad para prever las consecuencias de sus resoluciones. La vida demuestra a cada paso lo poco que controlamos todo. Desde los albores de la humanidad hemos atravesado conflictos, guerras, epidemias, catástrofes, crisis económicas y tiranías de todo pelaje. Si bien han tenido un alto costo en vidas y sufrimiento, hasta el momento hemos logrado subsistir. Estoy convencido de que gran parte de este éxito es debido a que somos capaces de contarnos nuestras historias, de transmitirnos experiencias y de encontrar en la cultura los recursos necesarios para superar los momentos más terribles que, como comunidad y como individuos, nos toca vivir. Llamamos "Tiempos negros" a esos momentos». Ernesto Mallo.

Prólogo

La ciudad y sus temblores

La historia del mundo es un catálogo de actos de violencia y de accidentes. Está compuesta, en lo esencial, de guerras, de coronaciones, de deposiciones y de revoluciones que acto seguido han sido reducidas a la nada. Ante cosas tan odiosas, lo bello apenas tiene oportunidad

ERWIN CHARGAFF

Hay momentos en que confluyen una serie de circunstancias que producen un resultado inesperado. Los accidentes, por ejemplo, son siempre consecuencia de un encadenamiento de hechos que desembocan no pocas veces en situaciones trágicas. Solo esos registramos, pero cada momento es el resultado de una serie infinita de hechos encadenados. Para que nos crucemos con una persona en la calle, a la que nunca volveremos a ver, tuvieron que darse una cantidad de situaciones que bien pueden tener su origen en el nacimiento del universo. Todo ello es imposible de controlar, imposible de prever. Sin embargo, si nos detenemos en cualquier momento de nuestras vidas y miramos hacia atrás con honestidad, veremos que todos nuestros pasos nos condujeron a este preciso instante. Podremos apreciar la consecuencia de una cantidad de decisiones que fuimos tomando por el camino, algunas de forma consciente, otras no, combinadas con cuestiones externas que

las afectaron o condicionaron. Esto, que es verdad para los individuos, no lo es menos para las sociedades. La política ha demostrado su incapacidad para prever las consecuencias de sus decisiones. La vida demuestra a cada paso lo poco que controlamos todo. Desde los albores de la humanidad hemos atravesado conflictos, guerras, epidemias, catástrofes, crisis económicas, el trabajo o la falta de él y tiranías de todo pelaje. Si bien han tenido un alto costo en vidas y sufrimiento, hasta el momento hemos logrado sobrevivirlos. Estoy convencido de que gran parte de este éxito es debido a que somos capaces de contarnos nuestras historias, de transmitírnos experiencias y de encontrar en la cultura los recursos necesarios para superar los momentos más terribles que nos toca vivir como individuos y como comunidades. Llamamos «Tiempos negros» a esos momentos.

Hay infinidad de definiciones de cultura, todas opinables, todas discutibles. La que a mí más me interesa propone que «cultura es la manera en que una comunidad o un individuo resuelve sus problemas». Y creo también que para resolver cualquier problema es preciso plantearse la pregunta adecuada. El arte y la literatura no tienen, a mi juicio, la capacidad de cambiar el mundo, pero sí tienen la de hacerlo evidente, la de ayudar a comprender la condición humana y la de enseñar a trascender las apariencias que se construyen mediante los discursos no literarios.

Esa es, a mi parecer, la importancia de este volumen. Hemos reunido aquí a autores muy valiosos que nos regalan su particular visión de las pulsiones y las pasiones humanas desde principios del siglo pasado hasta entrado el siglo XXII, además del texto de la gran escritora Alicia Giménez Bartlett sobre la dificultad que presenta escribir «negro».

Nuestro viaje comienza con Jenn Díaz, quien nos cuenta las andanzas de la pavorosa Enriqueta Martí, la célebre asesina de niños de Barcelona, desde la óptica de una de sus

víctimas, sin recurrir al fácil recurso de la condena y la indignación.

Lorenzo Silva nos deleita con un relato ambientado en el Marruecos español sobre un crimen anunciado y perfecto en tanto no condenado por la justicia, pero sobre el cual el destino también tiene mucho que decir.

Con esa poética rústica, que sabe a óxido y desesperanza, y con el dominio del lenguaje de los bajos fondos que caracteriza su escritura, Alexis Ravelo desentierra un crimen que estuvo veinte años sepultado, envenenando la conciencia de quienes tuvieron que ver en ello.

Eduardo Berti nunca deja de sorprender. Una escritura novedosa, cargada de humor, una reflexión profundísima sobre el arte de escribir y al mismo tiempo una trama que no podemos eludir. Sus 99 notas son en sí la estructura limpia de una novela policiaca (que esperemos algún día escriba), de los problemas que supone escribirla y, al mismo tiempo, una narración autónoma de gran inteligencia.

De mi propio aporte solo diré que son cinco relatos unidos por una nostalgia burlona de lugares a los que no se quiere regresar.

Patricia Soley-Beltran nos lleva de paseo por el barrio Gótico de Barcelona, zona plena de magia, de historias tremendas y recónditas mediante el soliloquio de una niña que le habla al lector, y lo constituye en su amigo invisible. Un viaje alucinado donde ver y pensar en las cosas que los mayores temen siquiera considerar.

Cristina Fallarás, tal vez la escritora más cruda y directa de su generación, que hace de la incorrección política su marca registrada, nos lleva en bicicleta a un *tour* por terribles recuerdos sepultados en un sanatorio abandonado de Calafell, poniendo en duda que tal lugar haya existido jamás.

Japón es un lugar que nos enfrenta a una manera diferente de concebir el mundo, la vida, el sexo, el trabajo, la ética y la estética. Y también un país con una de las tasas

de criminalidad más bajas del planeta. Este escenario es el que eligió Bef, el autor y novelista gráfico mexicano, para poner en escena un asesinato. El cóctel incluye a una mala mujer rusa, un detective que jamás se ha cruzado con un homicidio y un fan irredento de *Star Wars*.

Dijo Salvador Dalí: «De ninguna manera volveré a México. No soporto estar en un país más surrealista que mis pinturas».

Paco Ignacio Taibo II nos hace cómplices de una delirante conspiración, tramada en Nueva York, que tiene por protagonista al mismísimo Benito Juárez. Se trata de encontrar la forma de hacer desaparecer, por razones estrictamente políticas, el monolito de Tláloc de 168 toneladas de peso que adorna el paseo de la Reforma.

Pablo De Santis nos embarca en la investigación que pretende poner fin a una serie de atentados con cartas bomba. La minuciosa persecución de una sospecha en Bariloche, ciudad enmarcada en el paisaje de la Patagonia argentina, desviada por una historia de amor y otros accidentes naturales.

A veces nos asalta la idea de que existen mundos paralelos. Es así, no siempre lo advertimos, pero hay quienes viven en la legalidad y quienes lo hacen en la ilegalidad. Ese otro mundo tiene sus leyes, sus códigos, sus odios y sus amores. El cuento de Espido Freire nos revela cómo ciertos personajes viven en el crimen con toda naturalidad, con toda familiaridad.

Pericles y Sócrates, bajo la mirada censora de Platón, deciden aventurarse por los barrios de Atenas a revolver en la basura de los ricos en busca de cosas que comerciar. La genialidad de la escritura de Petros Márkaris consiste en la tremenda carga simbólica de sus narraciones a partir de lo simple, de la sencillez, de lo cotidiano.

Anna Maria Villalonga nos propone un mundo muy *Blade Runner*, pero sin androides soñadores, o un Macondo planetario en el cual los humanos buscan un lugar seco, un

lugar a salvo de sus propias pulsiones destructivas. Un futuro húmedo y sucio, en el que unos pocos tratan de hacer el bien.

La poesía, bien lo sabían los antiguos griegos, está en la base de toda creación artística. Sin ella no hay escultura, pintura, arquitectura, literatura. Sin la poesía no hay arte. Estos cuentos, tan distintos entre sí, tanto en estilo como en contenido o ubicación geográfica y temporal, tienen sin embargo un hilo conductor, algo que los une, además de la caracterización que le da el título de la antología. Es precisamente su vena poética. A partir de una premisa simple, cada uno de los autores ha conseguido imprimir a sus narraciones su marca poética, y encontrar lo bello en los tiempos negros. No es poco mérito si también destacamos que se trata de una lectura entretenida que recupera la posibilidad de leer por el simple placer de hacerlo. Todo lo que es fácil de leer, es difícil de escribir. Escribir simple es una tarea muy ardua, pero el fruto consiste, precisamente, en encontrarle la oportunidad a lo bello. En un mundo tan odioso, crear belleza es la forma de hacer una revolución que no puede ser traicionada. He aquí nuestro aporte.

ERNESTO MALLO

Cuentos difíciles

Escribir relatos es extremadamente difícil. No tanto como componer versos, claro está. Para la poesía necesitas haber nacido con un don especial; es el género menos democrático de la literatura, algo comparable a nacer guapo o nacer rico. Cualquier intento de apropiarse de ese rango que es más que habilidad, suele acabar en fracaso. El cuento no llega a tanto, eso es cierto. Sin embargo, gracias a mi veterania he podido comprobar que hay autores a quienes les fluye el cuento de una manera natural y otros que sudamos tinta al acercarnos a él. Eso demostraría que para escribir relatos también hay que llevar una marca divina en el ADN.

La técnica es distinta a la de la novela, todos lo sabemos. Es necesaria concreción, inspiración, vocabulario escogido, capacidad de síntesis, cálculo exacto, tema abaricable y genio para dotar a la historia de un apropiado desenlace. Personalmente creo que son necesarias más cosas, incluso me atrevería a decir que la visión del mundo que tiene un escritor de cuentos no es la misma que la de un novelista. Intentaré explicarme con un ejemplo. Nos reunimos un grupo de cinco amigas, todas escritoras, al menos una vez al mes. Se da la circunstancia de que cuatro de ellas se especializan casi exclusivamente en la práctica del relato, siendo yo la única novelista. De nuestras comidas y cenas, bastante alocadas, siempre surgen proyectos literarios que nunca se hacen realidad. Hace poco decidimos escribir un volumen de relatos conjunto en el que abordaríamos, quizá

para modernizarlo o desmitificarlo, el tema de *Mujercitas*, el célebre libro de la autora americana Louisa May Alcott. Probablemente llevadas por la euforia alcohólica, pensamos que esta vez la iniciativa no debía quedar en agua de borrajas. Allí mismo, en papeles separados y sin comunicarnos, bosquejaríamos el tratamiento que cada una desarrollaría en su cuento. Nos pusimos manos a la obra y, unos minutos después, leímos en voz alta los resultados. La primera de mis amigas había pensado en meterse en la piel de la criada de la familia. La segunda reproduciría exclusivamente el regreso del padre al hogar. La tercera escribiría los pensamientos de Jo sobre sus hermanas, y la cuarta se centraría en Amy, contando un solo día de su vida. Solo una servidora había intentado malamente condensar TODO el argumento de la novela de una tacada. Una evidencia esclarecedora: el cuento precisa centrar el tiro y profundizar. Algo que no está en la naturaleza de algunos escritores.

De acuerdo, una vez puesta de relieve la dificultad del género, vayamos a una especificación que complica las cosas todavía más. Si el relato lleva la etiqueta del *noir*, del policiaco, del *thriller*..., como ustedes gusten llamarlo, entonces la empresa se convierte en una proeza frente a la que es conveniente encomendarse a Dios. La novela policiaca tiene unas reglas estrictas, que se pueden subvertir muy poco. Para empezar, es imprescindible un crimen cuyo autor desconocemos y a partir de ese interrogante, el consabido *Who did it?*, el escritor plantea toda una investigación. El final no solo consiste en desvelar quién es el asesino, sino en sorprender al lector, al que previamente habremos inquietado, despistado, reconducido, encelado y posteriormente puesto de frente ante «la realidad». ¿Cómo hacer todo eso?, ¿cómo desencadenar en quien nos lee tantas emociones, dudas e interés cuando tenemos el espacio tasado? En una novela de ilimitada longitud, contamos con el estudio de personajes, con la ambientación, con los indicios que se van sembrando estratégicamente aquí y

allá, con las pistas que apenas se notan, con el *crescendo* de las pesquisas, con los datos que unas veces se hurtan y otras se sugieren: ¡todo un espacio de posibilidades en las que el autor juega con el lector porque este se ve impelido a jugar! Cuando se intenta provocar esa ristra de sentimientos y pensamientos en la mente de otro en un número determinado de páginas, hay que estar muy seguro de las cartas que llevas en la mano y hacerlas aflorar de manera milimétrica. ¡Por no hablar del desenlace! ¿Cómo se logra haber generado en el lector la ansiedad suficiente? ¿Cómo haberle dado las señales necesarias para que tenga sus barruntos de quién es el culpable? ¿Cómo sorprender sin dañar la verosimilitud? ¿Cómo hacer creíble el móvil del crimen? Un follón, créanme.

¡Qué difícil es escribir relatos! Y todo para que luego vaya el editor y te diga que en España los libros de cuentos no se venden bien. No hagamos ni caso. Tenemos en las manos un ramillete de espléndidos ejemplos de cómo el talento puede sortear cualquier dificultad. Yo solo he querido contribuir a señalarle al lector que la cosa tiene más intrínquilis del que puede pensarse. Y poco más.

ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT

Tiempos negros

JENN DÍAZ
La niña Angelita

1900 – Sant Feliu de Llobregat, Cataluña

Jenn Díaz (Barcelona, 1988) es autora de *Belfondo* (editado por primera vez en 2011 y revisado en 2017, publicado por Destino), *El duelo y la fiesta* (2012), *Mujer sin hijo* (2013), *Es un decir* (2014), *Madre e hija* (2015), que fue su primera novela en catalán, traducida por ella misma en 2016, y un libro de relatos en catalán, *Vida familiar* (2017), ganador del Premi Mercè Rodoreda 2016 de cuentos y narraciones. Colabora con *Jot Down* y *El Periódico*. Su obra ha sido traducida al italiano y al polaco.

Por lo menos esta noche no duermo sola, que a veces me da un poco de miedo, pero ha venido Felicidad y estamos juntas, eso le he dicho, al menos estamos juntas, y además que Enriqueta no es tan mala como ella se cree, es un poco rara pero no mala, a veces la gente no sabe diferenciar, les pasa a muchos. Cuando le digo que a mí me ha tratado bien todo este tiempo, no me cree, claro que es difícil que Enriqueta te caiga bien de buenas a primeras, porque en cuanto Felicidad ha llegado a casa, llorando y de malas maneras, Enriqueta tirando de ella, enseguida le ha rapado el pelo y le ha cambiado la ropa que llevaba, muy bonita, por una vieja y sucia, para que no se note que no es pobre, porque si Enriqueta pide comida o dinero y va con una niña como Felicidad, no nos dan nada. Por eso yo no me quejo de la ropa que llevo, que está todavía más sucia que la de Felicidad porque la he usado, no me quejo, ni hablar, ni de los zapatos, que se me han roto de tan pequeños que me van. Si se porta un poco mal, la mamá le da unos pellizcos en los brazos y le advierte que hasta que no le desaparezcan las marcas, no sale a la calle. Si sigue gritando y desobedeciendo, más pellizcos y más tiempo aquí encerrada, y me da pena, porque a la mamá le gusta tener las puertas y las ventanas cerradas, y no ves la luz del sol, así que no sabes nunca cuándo es de noche y cuándo de día, bueno, sí que lo sabes, porque al menos cuando es de día por las contraventanas se filtra un rayito de luz y por ahí se ven las motas de polvo volando, aunque yo digo que son mágicos porque Felicidad me da pena.

La primera noche la pasamos en la misma cama con la mamá, y Felicidad en el medio no por nada, para que no pudiera escaparse, y las tres nos abrazamos y Enriqueta le decía no tengas miedo, porque a veces habla con una voz dulce, que aunque tiene una boca muy fea, la voz es bonita y, si estás muy nerviosa, te calma, al menos a mí, claro que yo no cuento, porque me parece que soy su hija, aunque tampoco estoy tan segura. Cuando salimos a nuestra calle, que es la calle Poniente y que no es muy tranquila que digamos, yo camino a paso lento y le digo a la mamá que tengo hambre, Enriqueta me dice que debo decírselo aunque no sienta hambre, para que la gente vea que tiene una hija, la pobre, desnutrida, pero no es ninguna mentira, porque yo siempre tengo hambre, y sobre todo por la mañana, después de toda la noche sin probar bocado, y que a veces nos vamos a dormir sin tener nada que cenar, por eso estamos así de flacas, aunque no nos gusta quejarnos, solo cuando vamos a mendigar.

Desde que la niña Felicidad está en casa estoy un poco más contenta, y en la calle me esfuerzo más de lo habitual para que nos den más comida, porque ahora somos tres bocas y no dos, así que me lo tomo muy en serio, es como si fuera nuestro trabajo, y a veces me da por llorar para que nos hagan más caso, pero la mamá se avergüenza y me dice que yo, de mayor, le daré una fortuna, porque otra cosa no, pero a fingir no me gana nadie. Si Felicidad pudiera aprender rápido de mí, la mamá y yo estaríamos felices por fin, y yo creo que por eso le ha puesto ese nombre, Felicidad, porque por lo triste que está siempre nadie lo diría. En la calle ya han empezado a preguntarse dónde está la niña secuestrada, y yo ya sé que es mi nueva hermana, pero no le pregunto a la mamá porque cuando le pregunto, se enfada, y pellizca muy fuerte, no quiero quedarme en casa sin ver la luz del día, y los carros por aquí y por allá, en el barrio, con lo que me gusta a mí la calle Poniente, que al entrar ya me da alegría solo de saber que tengo una casa,

porque la mamá dice que lo más importante es tener la certeza de una casa, y que ella ha tenido muchas, y ya lo sé, porque el avi también me lo cuenta, aunque más bien no cuenta nada, está siempre callado y se hace el enfermo, hasta se ha ido al hospital, pero yo sé que no le pasa nada, y preguntas no hago ni una, para qué.

La mamá se ha desesperado de oír a la niña Felicidad llorando, aunque no es que llore, gime como un cachorro, pero todo el día, sin parar, y la verdad es que cansa un poco, pero la pobre está asustada, empieza a gimotear y la mamá se desespera y le da pellizcos, entonces es cuando Felicidad berrea que da gusto, se le deben de hinchar bien los pulmones, se nota que está sana, y ya desesperada la mamá nos ha abierto un poco la ventana y durante unos minutos se ha callado y hemos podido disfrutar del silencio, que lo echábamos de menos. Hemos mirado un poco por la ventana, contentas, yo le daba la mano a Felicidad para que estuviera tranquila, y la mano le sudaba un poco, pero no me ha importado. De pronto, Enriqueta ha cerrado la ventana de un golpe, porque la vecina se ha asomado un momento y nos ha visto y eso es malo, sobre todo porque no es una vecina cualquiera, es la Claudina, que le gusta mucho hablar, casi tanto como a mí, dice la mamá, pero a mí no me molesta que me diga esas cosas. Durante un rato Felicidad se ha quedado callada, yo creo que porque se ha asustado al ver a Claudina, con la cara que ha puesto, y después con la mamá cerrando la ventana de esas maneras, ella, que parece saber en todo momento qué está pasando, por un momento estaba un poco angustiada. Después nos ha dado un poco de comida, carne, que ha recogido del Liceo Políglota, allí a veces nos dan lo que sobra, y cuando hemos terminado, la mamá ha guardado los huesos, como siempre, y los ha puesto dentro de un pañuelo, bien puestos, y los ha guardado donde los guarde, que nunca me lo ha dicho.